

Discurso del Rector de la Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE, en el acto de celebración del Día de la Comunidad Universitaria

Reverendo P. Vice-Gran Canciller y Provincial de España de la Compañía de Jesús, Autoridades Académicas, Profesores e Investigadores, Alumnos y Antiguos Alumnos, Personal de Administración y Servicios, Señoras y Señores, Amigos todos.

La festividad de Santo Tomás es un día de fiesta y homenaje de parte de la Universidad a aquellos estudiantes que han completado sus carreras con honor, a los que han alcanzado el rango de doctor o a los que han ganado los distintos premios a sus tesis o en los certámenes que convocamos. También celebramos a los profesores que se han incorporado como propios y reconocemos a los que han cumplido 25 o 40 años de trabajo en Comillas, teniendo un recuerdo especial a los que recientemente se han jubilado. Los motivos para celebrar son muchos y con enjundia.

En el seno del homenaje vive el agradecimiento, que es mutuo. De parte de la Universidad a los premios extraordinarios y a los nuevos doctores por habernos elegido para vuestros estudios y por vuestro compromiso firme con ellos. Y de vuestra parte a todos los que han colaborado para que hoy estéis aquí. A los que trabajáis o habéis trabajado en la Universidad, por la ilusión y dedicación que hayáis puesto en esta institución, y de vuestra parte porque en ella habéis encontrado una comunidad humana para vuestra realización profesional y personal y una institución que os ha posibilitado un trabajo digno y con frecuencia apasionante. En toda relación fructífera suele ser mutuo el deseo de dar las gracias, por eso el agradecimiento más bonito es el bidireccional y conviene que no sea silencioso, para que de verdad nos aproveche. Así me gustaría que fuese hoy para cada uno de vosotros como lo es para mí en tanto que rector de la comunidad universitaria comillense.

Permitidme que en este día de celebración haga una reflexión sobre la capital importancia del agradecimiento en la vida de las personas y de las instituciones. Sólo puede dar gracias de verdad quien se siente agraciado. El que se siente agraciado necesariamente es agradecido. Sentirse agraciado es reconocer que lo mejor de nuestra vida no lo conseguimos solo gracias a nuestras cualidades o a nuestros esfuerzos; lo mejor que somos y tenemos lo hemos recibido gratuitamente, no lo hemos comprado ni tampoco lo hemos merecido. La lógica del don forma parte esencial de nuestros logros más valiosos, aunque muchas veces nos cueste reconocerla.

Claro que están nuestro talento y esfuerzo así como los medios para conseguir lo que buscamos, pero en la raíz de cada una de esas cosas hay algo que hemos recibido: la vida, la inteligencia, la voluntad, las opciones vitales

para estudiar y en un lugar privilegiado, la colaboración de tantas personas, la familia, el compañerismo y la amistad que nos sostienen cada día, por citar solo algunas. La misma libertad para elegir la tenemos como don y al recibirla se convierte en nuestra tarea. No sería poca cosa que hoy saliéramos de esta aula magna –sobre todo los premiados y homenajeados— gustando interiormente la pregunta que san Pablo lanza como un dardo curativo a los corintios: “¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido por qué te glorías como si no lo hubieras recibido” (1 Cor 4,7). No quiero disminuir el mérito, al contrario, quiero que lo ubiquéis bien junto a la gratitud del corazón: quien se siente afortunado por lo que ha recibido no puede no mostrarse agradecido y, por ende, no puede dejar de buscar el bien propio y de los demás. El que siente que lo todo lo ha recibido cómo no lo va a querer dar generosamente.

Os confieso que las conversaciones que más llenan son esas que alguna vez tengo con algún buen amigo en donde mutuamente nos ayudamos a reconocer lo afortunados que somos más allá de todos los trabajos, tensiones y miserias de la vida. Esas son conversaciones profundas que solo se tienen entre amigos, pues implican compartir la propia historia. Os pido que pongáis de vuestra parte para que no os falten esas conversaciones, porque ellas os sostendrán el ánimo para atravesar las dificultades, os insuflarán espíritu para no desfallecer y os ayudarán a sacar lo mejor de vosotros mismos. De esos encuentros personales brota el sentimiento de profundo agradecimiento de quien se siente agraciado. Estoy convencido que ese el gran motor de la vida, y lo es tanto para los que están al comienzo de su vida profesional como para los que han entrado en la etapa de jubilación. En cada tiempo de la vida siempre, aunque de distinta manera, el agradecimiento es la clave de bóveda que sostiene el complejo edificio de la existencia y la encamina a la felicidad.

Desde luego la gratuidad y el don aparecen en la vida de múltiples formas, no solo en el ámbito reducido de la familia y los amigos o en los pequeños grupos y comunidades, sino incluso en la complejidad de las distintas relaciones sociales y económicas. El papa emérito Benedicto XVI ha escrito que “sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia” (CV 38), sencillamente porque, de alguna manera, los *bienes de justicia* nacen de un deber, mientras que los *bienes de gratuidad* nacen de una *ob-ligatio*, es decir, del reconocimiento de nuestra ligazón constitutiva con los otros, donde la equivalencia queda superada por la sobreabundancia. De alguna manera, al formar parte del dinamismo de la libertad humana, la gratuidad y el don afectan a todas las áreas de la vida, también a las de la actividad política y económica, que nunca deberían dejar de establecer espacios abiertos para el don entre personas; espacios que necesitamos como el aire que respiramos. Vienen a ser a la vida moral y espiritual lo que el oxígeno a la vida corporal. Por eso no son suficientes ni el *dar para que el otro me dé* propio de la visión

liberal-individualista de la sociedad, ni el *dar por deber público e institucional* propio de la visión estadocéntrica. Solo con la gratuidad y el don pueden existir en último término esperanza y felicidad. Cuando uno entiende y saborea internamente esa pregunta de qué tienes que no hayas recibido, se puede decir que ha entrado por el camino de la gratitud, y eso es lo que verdaderamente merece la pena celebrar en un día como hoy.

En esa onda prosigo dando la bienvenida pública a los ocho profesores de la Universidad que durante el último año se han incorporado como propios. Al otorgaros esta categoría declaramos vuestra vocación investigadora y docente, vuestra pasión por buscar la verdad, por hacer avanzar el conocimiento de vuestro campo científico y por poner los resultados al alcance y servicio de la sociedad. Sentid Comillas como propia; ayudadnos a los que vamos por delante a no perder la ilusión y a los que se van preparando para ser algún día profesores propios a encauzar adecuadamente su energía. Habéis elegido una gran profesión y esta universidad es un maravilloso lugar para desarrollarla. Esperamos mucho de vosotros.

Y continúo felicitando muy efusivamente a los que han recibido los premios extraordinarios de las distintas carreras de grado y posgrado. Si habéis merecido ser destacados entre el conjunto de nuestros alumnos, quiere decir que sin duda se os puede aplicar el calificativo de “extraordinarios”, sin temor a la exageración. Enhorabuena por ello y ojalá que lo viváis desde la gratitud por lo mucho que habéis recibido. Sois privilegiados también en responsabilidad pues a quien mucho se le ha dado, mucho se le va a pedir.

La felicitación va también para los treinta y cuatro nuevos doctores que han alcanzado en nuestra Universidad el más alto grado académico: ¡enhorabuena doctores! Es un número record en la historia de Comillas ICAI-ICADE y constituye una muy buena noticia que será aun mejor si la consolidamos en los próximos años. A seis de estos nuevos doctores se las ha otorgado la Distinción Honorífica y a otra doctora, además, el Premio José María Ramón de San Pedro a la mejor tesis doctoral, en esta ocasión, entre las defendidas en la Facultad de Teología. El premio lo ha recibido la Dra. D^a Carmen Márquez, por una excelente tesis titulada *Las Iglesias cristianas ante el Apartheid en Sudáfrica: un análisis teológico del documento Kairós*, que también ha recibido el Premio Bartolomé de las Casas de la Universidad de Friburgo. La mención de esta tesis nos recuerda, cómo no, a Nelson Mandela, cuya vida y obra pertenecen ya al mejor patrimonio moral de la humanidad. Junto a mi más sincera felicitación a todos los nuevos doctores va el deseo de que los años de investigación que hay detrás de cada una de las tesis defendidas fructifiquen en nuevas búsquedas del conocimiento bajo la guía del mayor servicio.

También hemos entregado el Premio Santo Padre Rubio, SJ en su XIV edición, convocado por el Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones de nuestra Universidad y patrocinado por la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús. El primer premio ha sido para Luca Gilberti por su trabajo *“La negritud en la España contemporánea: jóvenes dominicanos entre el estigma y la agencia”*, y el segundo a la profesora de la Universidad autónoma de Barcelona, Rosalina Alcalde, por *“La recompensa del esfuerzo. Implicación educativa y efectos en la motivación hacia el estudio de los jóvenes inmigrantes de origen dominicano residentes en Nueva York y en Barcelona”*. Enhorabuena.

En el n.74 de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* ha escrito el Papa Francisco: “La ciudad es un ámbito multicultural... Variadas formas culturales conviven de hecho, pero ejercen muchas veces prácticas de segregación y de violencia. La Iglesia está llamada a ser servidora de un difícil diálogo. Por otra parte, aunque hay ciudadanos que consiguen los medios adecuados para el desarrollo de la vida personal y familiar, son muchísimos los «no ciudadanos», los «ciudadanos a medias» o los «sobrantes urbanos». La ciudad produce una suerte de permanente ambivalencia, porque, al mismo tiempo que ofrece a sus ciudadanos infinitas posibilidades, también aparecen numerosas dificultades para el pleno desarrollo de la vida de muchos. Esta contradicción provoca sufrimientos lacerantes”. Espero que el Instituto de Migraciones que, fundado en 1994, cumple veinte años de vida (y mañana comienza a celebrarlo) prosiga con su investigación y docencia sirviendo a la Iglesia y al conjunto de la sociedad, abriendo caminos de convivencia, sin olvidar nunca a los migrantes más vulnerables.

A todos os deseo que acertéis a unir la virtud y las letras (*Const. 308, 8*), el “talento y (las) virtudes” (*Const. 520, 2*), que seáis “virtuosos y doctos” (*Const. 308, 6*). Así se formula en las Constituciones de la Compañía de Jesús. De alguna manera la relación entre virtud y letras viene a significar el desarrollo de la “persona entera”: el cultivo de una vida buena y la profundidad en la formación intelectual y profesional.

No tiemblen los ingenieros ni los matemáticos ni aquellos que no os sintáis de “letras”, pues las letras aquí se refieren al conjunto de las ciencias y por extensión las podemos referir sin forzar nada a la cualificación científico-técnica que cada uno adquiere y que le va a convertir en un profesional útil a la sociedad. Por su parte, las virtudes serían esas energías morales-espirituales que actualizan el ser de la persona y la encaminan a su plena realización. La virtud no puede ser comprendida adecuadamente si no es como el compromiso de la persona con el bien. Hasta se puede decir que la virtud es *“el coraje del bien”*. Y es que la virtud no consiste en saber lo que es el bien y el mal; la virtud está en hacer el bien y evitar el mal, puesto que de nada aprovecha el conocimiento si no le sigue la acción.

Para dirigirse al bien, al ser humano no le cabe otro camino que actuar y discernir. Discernir requiere prestar atención a la experiencia, reflexionar sobre ella y después, tomar buenas decisiones sobre la base de lo aprendido durante el proceso, para actuar y después evaluar. Y es que experiencia no es lo que nos pasa, sino lo que hacemos con lo que nos pasa. Y para hacer algo que merezca la pena con lo que nos pasa hay que discernir.

El discernimiento y la evaluación implican también una apertura a lo trascendente y lo inesperado, lo que se conoce por “gracia”, lo que nos pone ante la gratuidad. En cierto sentido, el significado del discernimiento se puede encontrar en la famosa fórmula del jesuita y filósofo-teólogo Bernard Lonergan: *sé atento, sé inteligente, sé razonable, sé responsable. Y, añadía, si tienes fe, ama a Dios.* Nuestro Gran Canciller, el P. Adolfo Nicolás, le ha hecho a esta frase una glosa que dice: *si estás en sintonía con los movimientos interiores del Espíritu, con los que tu corazón vibra en su nivel más profundo, entonces sabrás dónde trabaja Dios en tu vida. Y estarás pleno de libertad y en contacto con lo mejor de ti mismo.*

En definitiva, unir virtud y letras es una forma de decir que hemos de estar atentos a crecer en las distintas dimensiones de la vida, siempre orientados al bien. Por eso, junto a nuestro reconocimiento agradecido, el deseo de unir la virtud y las letras se dirige también a los compañeros que han cumplido 25 o 40 años de trabajo y de un modo eminente a los que os han entrado en la edad de jubilación. Agradezco las palabras de Virginia Vidal-Cuadras que han rebotado agradecimiento, cariño y capacidad de inclusión de todos los compañeros que con ella cumplís cinco lustros o cuatro décadas en Comillas ICAI-ICADE. Mi petición para los que ya sois veteranos en Comillas es que mantengáis el buen espíritu y lo contagiéis a vuestro entorno. Ese buen espíritu tiene que ver con la gratitud a la que antes me he referido para mantener la ilusión viva por hacer bien las cosas cada día con cariño y dedicación y pasa por el cultivo de la vocación de servicio con eficiencia y austeridad, tal como se nos está pidiendo. Por su parte, la experimentada profesora de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Carmelina Vela, desde su dilatada experiencia en la Universidad que siente como su casa, junto a algunos consejos cargados de buena intención nos ha dejado tareas para hacer. Gracias y enhorabuena a todos.

Actos como éste nos sirven para valorar y agradecer los talentos que tenemos y tantos dones y bienes como recibimos; nos ayudan a fortalecer nuestros valores y a recibir impulso en el camino no fácil de la vida personal y profesional. Con una oración de santo Tomás concluyo: *¡Tú que haces elocuentes las lenguas de los pequeños, instruye la mía e infunde en mis labios la gracia de tu bendición! Dame agudeza para entender, capacidad para retener, método y facilidad para atender, sutileza para interpretar y gracia*

abundante para hablar. Dame acierto al empezar, dirección al progresar y perfección al acabar”.

Muchas gracias.